

El artista y el político

— ¡ Ah ! ¡ eres tú, Dubois ! exclamó el regente viendo entrar á su ministro.

— Sí, monseñor, dijo Dubois, sacando algunos papeles de su cartera. ¿ Qué tal le han parecido á vuestra alteza nuestros bretones ?

— ¿ Qué papeles son esos ? preguntó el regente, que á pesar de su conversación de la noche anterior, ó más bien á causa de la misma, sentía una secreta simpatía hacia Gastón.

— ¡ Oh ! poca cosa, contestó Dubois. En primer lugar un testimonio de lo que pasó ayer noche entre el caballero de Chanlay y S. E. el duque de Olivares.

— ¿ Nos escuchaste ? dijo el regente.

— ¡ Pardiez ! monseñor, ¿ y qué queriais que hiciese ?

— ¿ Y has oído?...

— Todo. Y bien, ¿ qué piensa V. A. de las pretensiones de S. M. C. ?

— Creo que ignora todo lo que se hace en su nombre.

— ¡ Y el cardenal Alberoni ! ¡ es gracioso el modo con que dispone de la Europa entera ! El pretendiente á Inglaterra ; la Prusia, la Suecia y la Rusia repartiéndose la Holanda ; el imperio recobrando á Nápoles y Sicilia ; el gran ducado de Toscana al hijo segundo de Felipe V ; la Cerdeña al duque de Saboya ; Commachio al papa, y la Francia á España. He aquí un plan que no deja de ser vasto y complicado para haber salido del cerebro de un campanero.

— Todos esos proyectos y planes, repuso el duque, no son más que sueños.

— ¿ Y nuestra comisión bretona, lo es también ?

— Esa me veo obligado á confesar que existe.

— ¿ Y es también un sueño el puñal de nuestro conspirador ?

— No ; al contrario, debo decir en honor á la verdad, que me parece vigorosamente empuñado.

— ¡ Diablo ! Vuestra alteza se quejaba cuando la otra conspiración de no encontrar más que conspiradores de filigrana ; pues bien, ahora ha quedado V. A. servido á su gusto.

— ¿ Sabes, dijo el regente con ademán pensativo, que ese caballero de Chanlay tiene un alma enérgica y vigorosa ?

— ¡ Bien ! ¡ bueno ! ¡ sólo faltaría que V. A. se

prendase de ese bellaco! Monseñor, os considero capaz de ello.

— ¿Por qué ha de suceder siempre que un príncipe encuentre almas de un temple semejante entre sus enemigos, y nunca entre sus servidores?

— ¡Ah monseñor! porque el odio es una pasión; y la fidelidad es muchas veces una bajeza. Pero si vuestra alteza tuviera á bien descender por un momento de las alturas de la filosofía, y tomarse el trabajo material de echar aquí un par de firmas...

— ¿En dónde?

— Primero en este nombramiento; es de un capitán á quien es preciso hacer comandante.

— ¿El capitán la Jonquiere?

— ¡Oh! no, monseñor; otro capitán á quien haremos ahorcar en estatua tan luego como no lo necesitemos, pero á quien es preciso premiar entretanto.

— ¿Y quién es ese capitán?

— Un valiente oficial que halló vuestra alteza hace ocho días, ó por mejor decir, hace ocho noches, en una casa honrada de la calle de San Honorato.

— No comprendo.

— Vuestra alteza tiene muy poca memoria.

— Vamos, habla, perillán; nunca se puede saber al primer golpe el objeto de tus palabras.

— Voy á explicarme. Vuestra alteza salió hace ocho noches disfrazado de mosquetero por la

puerta secreta de la calle de Richelieu, acompañado de Nocé y de Simiane.

— Si, es verdad; ¿y qué pasó en la calle de San Honorato? Veamos.

— ¿Queréis saberlo, monseñor?

— Si, eso me divertirá.

— No puedo negaros nada.

— Habla, pues.

— El regente cenaba en una casa de la calle de San Honorato.

— ¿Con Nocé y Simiane?

— No, monseñor, con otra persona: Nocé y Simiane estaban cenando también, pero cada uno en cuarto separado.

— Continúa.

— Su alteza el regente estaba cenando, como llevo dicho, cuando á los postres un valiente oficial, que probablemente no acertaba con la puerta de su habitación, se puso á llamar con tanta obstinación á la del aposento donde cenaba su alteza, que el regente impaciente se levantó, salió y no trató muy bien al importuno que no había de ser muy sufrido, el cual echó mano á la espada, y su alteza, que para hacer una locura no necesita que se le ocurra dos veces, sacó con gentileza su tizona, y se batió con el capitán.

— ¿Y el resultado de este duelo?...

— Fué que su alteza recibió un ligero rasguño en un hombro, en cambio del cual dió á su adver-

sario una estocada soberbia que le atravesó el pecho.

— Pero la estocada no es peligrosa, ¿eh? dijo el regente manifestando el mayor interés.

— No, monseñor; por fortuna el acero no interesó ningún órgano esencial.

— ¡ Oh! me alegro.

— Pero, no es esto todo.

— ¿ Hay más?

— Parece que su alteza tenía enemistad particular con ese oficial.

— ¡ Yo! en mi vida le he visto.

— Lo creo; pero los príncipes no necesitan ver á las personas para causarles daño... dan desde lejos.

— ¿ Qué quieres decir? vamos, acaba.

— Quiero decir que me he informado, y que este oficial era ya capitán hace ocho años, siendo destituido cuando vuestra alteza tomó las riendas del gobierno.

— Si fué destituido sería porque lo mereciese.

— ¡ Ah! monseñor, me ocurre una idea, y es la de hacernos reconocer por infalibles como el papa.

— Cometería alguna cobardía.

— Era uno de los soldados más valientes del ejército.

— Acaso alguna acción indigna...

— Era el más honrado de los hombres.

— Entonces hay que reparar una injusticia.

— Cabalmente, y por eso traigo aquí extendido el nombramiento de comandante.

— Dámelo, Dubois, dámelo: tienes algunas veces rasgos de bondad.

Una sonrisa diabólica se deslizó á través de los labios de Dubois, que precisamente en aquel momento sacaba otro papel de la cartera.

El regente seguía todos sus movimientos con la vista.

— ¿ Qué otro papel es ese? le preguntó.

— Monseñor, respondió Dubois; después de reparar una injusticia, es indispensable cometer otra.

— ¡ La orden de prender al caballero de Chanlay y conducirlo á la Bastilla! exclamó el regente; ¡ ah, bribón! ya comprendo ahora porqué me presentabas primero el cebo de una buena acción. Pero, esto debe meditarse antes.

— ¿ Piensa vuestra alteza que le propongo un abuso de poder? preguntó el abate riendo.

— No; pero...

— Monseñor, repuso el ministro con energía, cuando se tiene en las manos el gobierno de un reino, lo primero de todo es gobernar.

— Pero, me parece, señor pedante, que yo soy muy dueño...

— De recompensar, monseñor, pero con la condición de castigar. El equilibrio de la justicia queda falseado cuando una misericordia eterna y ciega

pesa en uno de los lados de la balanza. Hacer lo que vuestra alteza quiere siempre que se haga, y lo que muchas veces se hace, no es ser bondadoso, es ser débil. Veamos, dígame vuestra alteza, ¿cuál será la recompensa de los que han merecido si no se castiga á los que han faltado?

— Entonces, dijo el regente, con tanta más impaciencia cuanto que conocía haberse puesto á defender una mala aunque noble causa, si deseabas que fuese severo, no debías haber preparado á ese joven una entrevista conmigo; no debías haberme puesto en estado de conocer y apreciar su valor; debías haberme dejado creer que era un conspirador vulgar.

— Es verdad, y ahora, porque se ha presentado á vuestra alteza bajo formas novelescas, ya se exalta vuestra imaginación de artista. ¡Pardiez! monseñor, hay tiempo para todo; ocúpese vuestra alteza en hacer experimentos de química con Humbert, en el grabado con Audran, en la música con La Fare, en amores con todo el mundo; pero conmigo es preciso que se ocupe en asuntos políticos.

— ¿Qué vale mi vida! exclamó el regente; mi vida espiada, torturada, calumniada, para que yo la defienda!

— Pero no es vuestra vida la que defendéis, monseñor: entre todas las calumnias que os dirigen, y á las cuales, á Dios gracias, deberíais ser impenetrable, la acusación de cobardía es la única

que ni vuestros más crueles enemigos se han atrevido á presentaros. En Steinkerque, en Nerwinde y en Lérida, probasteis que ningún aprecio hacíais de la vida; y en verdad, si se tratara de asesinar á un particular, ó á un ministro, y aun á un príncipe de la sangre, no sería más que el corazón de un hombre que había dejado de latir; pero con razón ó sin ella, vos, monseñor, habéis querido ocupar vuestro lugar entre los poderosos de la tierra, á cuyo fin rompisteis el testamento de Luis XIV, arrojasteis á los bastardos del trono, donde ya habían puesto sus plantas, os habéis hecho regente de Francia, es decir, la llave de la bóveda del mundo; y muerto vos, no es un hombre el que cae, es la columna que sostiene el edificio europeo que se desploma; entonces nuestra laboriosa obra de cuatro años de vigiliias y de lucha queda destruida, y todo sucumbe en derredor nuestro. Volved, monseñor, los ojos hacia Inglaterra, y veréis al caballero de San Jorge pronto á renovar en ella las locas empresas del pretendiente; dirigid la vista hacia la Holanda, y veréis como la Prusia, la Suecia y la Rusia se disponen á repartirse sus despojos; tended una mirada al Austria, y distinguiréis el águila de dos cabezas dispuesta á lanzarse sobre Venecia y Milán para indemnizarse de la pérdida de España; contemplad el estado de la Francia, y conoceréis que no es ya una nación independiente, sino sujeta á Felipe V; por último, observad la

situación de Luis XV, esto es, del último resto de uno de los mayores reinados de la tierra, y veréis á ese niño que á fuerza de vigilancia y cuidados hemos podido librar de la suerte de su padre, de su madre y de sus tíos, para sentarle sano y salvo en el trono de sus mayores, caer otra vez en manos de aquellos á quienes una ley adúltera llama imprudentemente á la sucesión de la corona. Así habréis por todas partes muerte y desolación, ruinas é incendios, guerras civiles y extranjeras; ¿y esto por qué? Porque á S. A. Felipe de Orleáns le plugo creer que continuaba todavía en el cargo de mayordomo mayor de la real casa, ó de jefe del ejército de España, olvidando que había dejado de ser todo esto el día en que se hizo regente de Francia.

— ¡Tú lo quieres! exclamó el regente tomando una pluma.

— Un instante, monseñor, dijo Dubois; no quiero que se diga que en un asunto de tanta importancia ha cedido vuestra alteza á mis importunidades. He dicho cuanto tenía que decir; ahora os dejo solo; ahí queda el papel; tengo que dar algunas órdenes; dentro de un cuarto de hora volveré á buscarlo.

Y Dubois, que en aquel momento dominaba la situación, saludó al regente y salió de la estancia.

Al verse el duque solo, cayó en una meditación profunda. Toda aquella conspiración tan sombría y tenaz, aquella nueva cabeza de la serpiente humi-

llada y vencida, se levantaba otra vez en su imaginación entre una multitud de negras visiones: había arrostrado el fuego enemigo en las batallas, y burlándose de los proyectos de raptó de los Españoles y bastardos de Louis XIV; pero esta vez un secreto é inexplicable horror le acobardaba. Sentíase atraído por una admiración involuntaria hacia aquel joven, cuyo puñal estaba levantado sobre su pecho; le aborrecía en ciertos momentos, le disculpaba y aun le amaba en otros. Dubois, apoderado de aquella conspiración como una furia infernal de una presa agonizante, y registrando con sus acerradas uñas hasta en las entrañas del complot, le parecía un hombre dotado de una firmeza é inteligencia sublimes. Él, tan valiente de ordinario, conocía que en esta circunstancia habría defendido muy mal su vida. Tenía la pluma en la mano; la orden estaba allí como invitándole á que la firmase.

— Sí, dijo por último, sí: Dubois tiene razón; ha dicho la verdad, y mi vida, que á cada paso expongo por bagatelas, ha dejado de pertenecerme. Ayer mismo me decía mi madre lo que él acaba de decirme ahora. ¡Quién sabe lo que sería de la Europa si yo muriese! Sucedería quizás lo que aconteció á la muerte de mi abuelo Enrique IV. Después de haber reconquistado palmo á palmo su reino, y con la fuerza que le daban diez años de paz, de economía y de popularidad, iba á agregar á la

Francia la Alsacia, la Lorena y tal vez la Flandes, mientras que el duque de Saboya, bajando de los Alpes, se formaba un reino en el Milanesado, y con el sobrante enriquecía á Venecia y fortificaba los ducados de Módena, Florencia y Mantua. Desde entonces la Francia iba á hallarse á la cabeza del movimiento europeo. Todo estaba pronto para obtenerse este inmenso resultado, que habia sido el objeto de las meditaciones de toda la vida de aquel rey soldado y legislador. Pero llegó el 13 de mayo; un coche con la librea real pasó por la calle de la Feronnerie, y dieron las tres en el reloj de los Innocentes..... En un segundo vino todo á tierra, prosperidad pasada, esperanzas futuras; y fué preciso un siglo entero, un ministro que se llamase Richelieu y un rey titulado Luis XIV para cicatrizar en el costado de la Francia la herida que en él abriera el puñal de Ravallac... Si, si, Dubois tiene razón, continuó el duque, exaltándose por momentos; debo abandonar á ese joven á la justicia humana. Además yo no he de ser el que le condene; jueces hay que decidirán. Y por otra parte, añadió sonriéndose, ¿no me queda en todo caso mi prerrogativa de perdonar?...

Y tranquilizado interiormente con la prerrogativa real que ejercía en nombre de Louis XV, firmó la orden, llamó á su ayuda de cámara y pasó á otro aposento para acabar de vestirse.

Diez minutos después se abrió snavemente la

puerta de la estancia, en la que acababa de pasar la anterior escena. Dubois adelantó con precaución y lentitud su cabeza de zorro, se aseguró de que no habia nadie, se acercó con presteza á la mesa delante de la cual habia estado sentado el príncipe, dirigió una rápida ojeada á la orden, sonrióse con aire de triunfo viéndola firmada, la dobló muy despacio, la puso en su bolsillo, y salió de la habitación sumamente satisfecho.